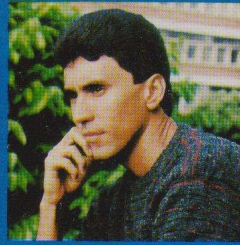


Marco De León
Espitia

Recuerdos Mágicos de Internado y Rural



Su compromiso con la tradición se hizo ineludible desde el momento en que la naturaleza lo dotó con todo lo necesario para ser un digno representante de la familia, en cuyo seno no causo asombro que Palomino hubiese nacido con lo que coincidieron en calificar como un privilegio premonitorio de felicidad y fortuna si era administrado de manera inteligente. Solo su tía Nena Lacharme, aunque sintió

profunda satisfacción al contemplar extasiada el alcance y las posibilidades casi ilimitadas que la naturaleza le brindaba a su sobrino, vió aquello como un signo apocalíptico presagio de desgracias para la familia.

<Es un arma de largo alcance> dijo
<Pero de doble filo>

De las veinticinco vacas que pasaron flotando por el patio, dos quedaron atrapadas en las balsas de la cerca. Se sintió servido por la fortuna y en deuda con el destino por permitirle comer, durante cuarenta días seguidos, carne fresca de vaca recién ahogada. Tres horas antes había visto pasar con desconsuelo, pero con la fé intacta, cuatro perros de abdomen distendido a casi reventar, más de una docena de gallinas, tres cerdas con sus crías aún vivas prendidas de los pezones, dos asnos que le parecieron conocidos y una figura humana que no pudo identificar.

El día de su desventura irreparable, Margarita, solicita de amor, se presentó vestida de inocencia, con el deseo disfrazado de ternura. Palomino supo interpretar con acierto la extraña sutileza de su visita como una súplica de amor, y antes de llegar la noche habían sucumbido a las bondades del amor premeditado.

RECUERDOS MÁGICOS DE INTERNADO Y RURAL

DEDICATORIAS

*A Laura y Yessika, dos oasis de ternura
En medio del caos establecido*

*A generación 2.000 un proyecto
De vida plena*

*A José Antonio
A Myriam Sofía
Y a su bendito encuentro*

Al honorable Si – Fú J. S. L.

*A Néstor, a Juan Francisco, y de nuevo a Justo,
Quienes aún creen en la magia...*

*A Carmelo Efraín, quien tenía una fábrica de sueños
En el fondo de la casa*

Y por supuesto, a Vilma.

ANTES DE COMENZAR

Debo advertirle amigo lector que el texto que se dispone a leer no tiene pretensiones literarias, no fue concebido con la intención de figurar en primeros lugares de venta. Tampoco con la intención de no venderlo. Sólo tiene el humilde propósito de divertirlo en sus minutos de ocio, que estoy seguro, serán menos de los que usted desea con vehemencia inconfesable.

Si usted es médico le ruego que programe su lectura para esos momentos de duda en los que comience a preguntarse si de verdad la medicina es lo que a usted le dijeron que era, así tal vez, al finalizar, sólo tenga dos opciones: o lo tira sin remordimientos al cesto de la basura o le reserva un sitio, no importa cuál, en su biblioteca.

Ahora sí, vayamos al grano. Lo que viene son siete relatos anecdóticos del ejercicio de los años de internado y rural, de cuyos porcentajes de realidad y fantasía no estoy seguro. Espero usted, con juicio y prudencia, sepa discernirlo.

Mientras lo lee, no olvide que las historias se desarrollan en un ambiente costeño. Siéntase rodeado de palmeras y acariciado por la brisa tibia de un atardecer a la orilla del mar.

Déjese penetrar por la magia Caribe.

ÍNDICE

<u>EL TIRO DE GRACIA.....</u>	<u>6</u>
<u>EL ARMA MORTAL DE PALOMINO.....</u>	<u>15</u>
<u>ANUNCIACIÓN.....</u>	<u>22</u>
<u>EL VIAJE FELIZ DE FEDERICO.....</u>	<u>32</u>
<u>LA INUNDACIÓN.....</u>	<u>39</u>
<u>LA ENVIDIABLE ACERTIVIDAD DE AMELIA.....</u>	<u>45</u>
<u>LA HUELLA DEL FANTASMA.....</u>	<u>52</u>

***“Aquí junto a esta rosa
Intermitente...
Está de sol y canto detenida
Bajo la tierra amada y conmovida
La imagen fiel de una pasión inmensa”***

EL TIRO DE GRACIA

Esta historia comenzó el treinta y uno de Diciembre de 1.989 a las doce de la noche en el hospital San Vicente de Paul de Lorica, tuvo su clímax el treinta y uno de Diciembre de 1.990 a las doce de la noche a veintidós kilómetros del sitio de origen, y concluyó tres años más tarde, donde se inició, con el nacimiento de un bebé prematuro”.

Había sido una tarde festiva iluminada desde temprano por el resplandor de la pólvora, contagiada de parranda por la música que flotaba en el ambiente desde el medio día.

Por disposiciones de la tradición el personal del hospital debía mantenerse indiferente a las provocaciones de la algarabía, y aunque era grande la tentación, Martín y yo debimos resignarnos a recibir turno ese día desde las dos de la tarde, con la esperanza incierta de que algo nos rescatara de nuestra condena antes de la media noche.

Las religiosas del hospital, bajo cuya regencia se encontraba la salud de la provincia desde tiempos

inmemorables, tuvieron la brillante idea de organizar en el patio de la capilla contigua al hospital un brindis en honor de San Aristóbulo Bailón, patrono, según una de ellas, de la fiesta de año nuevo.

La invitación nos llegó a la hora de la cena por boca de la superiora:

- Sin que se entere el resto - dijo, refiriéndose a las enfermeras - Porque no alcanza la comida -

Las primeras horas de la noche en la sala de urgencias fueron de tranquilidad preocupante, sólo perturbada por un mal de amor precipitado por la nostalgia que se acompañó de intento de suicidio, una diarrea crónica de catorce años de evolución que acudió en vano a la clarividencia médica de fin de año esperanzada en que este fuera su último año viviendo entre la mierda, y una intoxicación con orégano debida a un dolor de muelas que no encontró odontólogo ni boticario prudente en todo el pueblo.

Un poco después de la media noche, a las doce y cinco minutos de la madrugada, cuando aún se escuchaba caer sobre los techos del vecindario las toneladas de plomo disparadas al aire desde las postrimerías del año anterior, fue llevada a urgencias una mujer de veintiséis años de edad envuelta en una hamaca de lona teñida con sangre.

Dos desconocidos la abandonaron en la puerta del hospital, entró caminando hasta la sala de procedimientos y se tendió sobre la camilla.

- Ahora sí me dio donde era – dijo - y pidió agua en tono suplicante.

Cálao, el enfermero de turno, fue el primero en atenderla. Le quitó los trapos que la cubrían con la suficiente pericia para no lastimarla, la observó estupefacto, y sin esperar respuesta con tono pesimista exclamó:

- Te jodieron Romelia, te llegó la hora -

- Eso ya lo sé – dijo - Me enteré hace un rato - y agregó - ve a buscar al médico rápido, no quiero remedios después de muerta -

Romelia Mercedes había salido temprano por la mañana a buscar las hojas de bijao para los pasteles de la cena, con el tiempo calculado para regresar antes del medio día, desocuparse de los compromisos domésticos y prepararse para recibir el año nuevo “*como Dios manda*”.

Everardo, su marido, alcanzaba apenas a recuperarse de la borrachera que lo mantuvo dormido hasta las diez de la mañana cuando cayó en cuenta que Romelia, de manera inusual, había salido sin notificar su destino. No volvieron a verse hasta la media noche.

Cuando se encontraron, un poco antes de las doce, en el parque de la iglesia, Romelia vestía de amarillo para asegurar la buena suerte del próximo año, el cabello húmedo sobre los hombros le agregaba frescura a su imagen juvenil. Aunque se esforzó en mostrar inocencia con el saludo, esta le permaneció oculta y desobediente.

Se acercó despreocupada, le dio un beso en la mejilla a su marido y se anticipó en la pregunta:

- ¿Dónde estuviste? –

Everardo intentó ignorarla, miró su reloj y después de un minuto de indiferencia respondió:

- En el infierno, zorra, y te están esperando -

Miró de nuevo su reloj y agregó:

- Ya es hora Romelia, feliz año -

Sin tiempo de arrepentirse descargó con su escopeta el primer disparo de año nuevo sobre Romelia, iniciando la balacera de fin de año más recordada de los últimos tiempos en Lorica.

Martín y yo llegamos juntos a la sala de urgencias, agradeciendo interiormente a Cálo que nos hubiera rescatado de la celebración decembrina de las religiosas, que con más buena fe que acierto, insistían en amenizar la reunión con Ave Marías cantadas y villancicos improvisados.

Encontramos a Romelia boca arriba, con el abdomen luminiscente por el jabón líquido usado para lavarla. La paciente presentaba múltiples orificios de pequeños proyectiles en toda la superficie abdominal, por los que salían, como de un manantial inagotable, discretos hilos de sangre acompañados de gases mal olientes cuyas burbujas flotaron por más de media hora en la sala de

urgencias. Sin duda el caso era grave, pero más grave era la suerte de la paciente:

- Escogió el peor momento para un tiro - dijo Martín.

Mientras se aplicaban los primeros auxilios, iniciamos la búsqueda infructuosa de un cirujano dispuesto o un chofer de ambulancia sobrio en toda Lorica, que concluyó una hora más tarde con la remisión de la paciente hacia el hospital Regional de Cereté.

Tres días después recibimos informes verbales del estado de salud de Romelia, quien, para nuestro asombro, evolucionaba hacia una completa recuperación.

No volví a tener noticias de Romelia hasta un año después. Primero de Enero a las doce y treinta de la madrugada en el hospital San José de San Bernardo del Viento, donde me encontraba de guardia como médico rural. La reconocí de inmediato, más delgada, pero era ella, con el mismo vestido amarillo de buena suerte de la primera vez y estrenando agujero de bala del mismo marido, en la misma parte, con distinta arma y veinticinco minutos de retraso con relación al año anterior, explicados según Romelia porque le había escondido los cartuchos de la escopeta previendo otro incidente pasional.

- Pero me hizo trampa – dijo - Tenía un revólver escondido en el armario de la ropa -

En esta ocasión contó con mejor suerte, fue remitida inmediatamente al hospital regional de Lorica donde se le practicó de urgencia una intervención quirúrgica para

repararle los huecos viscerales hechos a bala por su marido. Cuarenta y dos puntadas con hilo de tripa de cerdo fueron necesarias para culminar exitosamente el delicado bordado intestinal iniciado el año anterior en el hospital de Cereté, cuyas cicatrices abdominales, producto del amor tormentoso, exhibía orgullosa como trofeos de guerra.

Su evolución nuevamente fue excelente, con una mejoría total e impredecible de sus calamidades intestinales, quedando como única secuela la singular propiedad de exhalar aire a presión por los genitales con los esfuerzos, lo que daba una connotación distinguida al ejercicio de su feminidad.

Tres años después de su primer disparo Romelia recibió *el tiro de gracia*. Por una feliz coincidencia acepté reemplazar en su turno como médico de planta del hospital de Lórica a un colega de ascendencia francesa que prefirió oler la pólvora citadina proveniente del otro lado del mar en las playas de *Boca grande*. La pólvora usada en Europa para celebrar el fin de año – explicaba - podía olerse en la costa Caribe gracias a los vientos alisios, ayudados por la rotación de la Tierra - allá celebran el treinta y uno un día antes – agregó, para apoyar su explicación.

Inicié el turno con una ronda rápida por el servicio de gineco-obstetricia; dos hospitalizadas en postquirúrgico de histerectomía, una adolescente recuperándose de su tercera cesárea, una esquizofrénica indigente con aborto incompleto y otra mujer en trabajo de parto prematuro. Tuve la sensación de tener el turno controlado hasta que

leí en la historia clínica el nombre de la parturienta anticipada:

Olivella de Quintero Romelia de la Trinidad, de veintinueve años de edad, natural, residente y procedente de San Bernardo del Viento.

- Te salvaste del tiro este año - dije - buscando el reconocimiento en su respuesta.

- Me lo dio en mayo - respondió con clarividencia envidiable - Y en mala parte - agregó.

- Otra vez el mismo marido con distinta arma - pensé.

Sólo faltaba el vestido amarillo de la buena suerte para hacer de aquella una coincidencia perfecta. El trabajo de parto se precipitó súbitamente acompañado de hemorragia severa por placenta previa y antes de la media noche Romelia visitaba con indiferencia preocupante los dominios de la muerte.

En los momentos de lucidez previos al síncope fatal, esclarecida por la inminencia de su derrota, me contó sus aventuras en las playas de Paso Nuevo, sus amoríos en las pangas cargadas de contrabando que arribaban a Isla Fuerte, narró con detalles el día que conoció a Everardo en el *Cabo de La Vela*, recreando la forma en que su destino la persiguió a lo largo del Caribe hasta las playas del viento, y por último, a manera de confesión, me contó en secreto de agonizante su verdadero paradero del treinta y uno de Diciembre de mil novecientos ochenta y nueve, sin explicarse aún en qué pudo equivocarse para

que su marido lo supiera. Al finalizar reflexionó un instante.

- Valió la pena – dijo - De todas las armas que me han herido, era la más tierna peligrosa y placentera de mundo-

- Me mató el alma y el cuerpo - agregó.

Falleció a la media noche, arrullada por el vigor de su última lluvia de balas sobre el tejado, dejando un recién nacido sietemesino cuyo destino desconozco.

***“La verdadera felicidad
Está en el arte de saber disfrutar
De las dificultades”***

EL ARMA MORTAL DE PALOMINO

Conocí a Palomino Altagracia cinco días antes de su muerte, siendo aun respetado por los enemigos y envidiado por los amigos, gracias a los atributos naturales que cultivó en buena forma desde temprana edad ofreciéndoles un cuidado paternal con benevolencia exagerada.

Sus primeros diez hijos fueron la respuesta a un compromiso natural con la vida, con Dios y con sus antepasados, adquirido a través de varias generaciones cuyas hazañas orgásmicas y fama se extendían desde el nudo del paramillo hasta la bahía de Zispatá.

Su compromiso con la tradición se hizo ineludible desde el momento en que la naturaleza lo dotó con todo lo necesario para ser un digno representante de la familia, en cuyo seno no causó asombro que Palomino hubiese nacido con lo que coincidieron en calificar como un privilegio premonitorio de felicidad y fortuna si era administrado de manera inteligente.

Sólo su tía Nena Lacharme, aunque sintió profunda satisfacción al contemplar extasiada el alcance y las posibilidades casi ilimitadas que la naturaleza le brindaba

a su sobrino, vio aquello como un signo apocalíptico, presagio de desgracias para la familia.

- Es un arma de largo alcance – dijo - Pero de doble filo -

No transcurrió mucho tiempo para que Palomino se iniciara en el conocimiento del amor. Impulsado por su padre, hizo la primera incursión en el difícil arte de amar atraído por la belleza elemental de Josefina, contratada para tan delicada misión con el compromiso de encargarse del aseo de la casa, de preparar las comidas, lavar los platos y hacer compras en la plaza de mercado cuando no estuviera cumpliendo su deber de mujer.

Palomino aprendió con los años que los compromisos orgásmicos podían convertirse en sesiones de arte haciendo uso de los más sofisticados recursos acrobáticos que su cuerpo le permitía. Concibió el amor como un ritual circunstancial adornado de majestuosidad.

Su estilo y maestría se fueron depurando con su larga carrera. Se entrenó para hacerlo en cualquier circunstancia de tiempo o lugar; en la morgue, recostado en las mesas de disección, detrás de las puertas del anfiteatro, bajo el sol sofocante de las playas de Cartagena, en las salas de cirugía, en el ascensor, en Trendelemburg, en Fowler, genupectoral, decúbito lateral e incluso, el día anterior a su desventura irreparable, había pensado en experimentar el amor en el escanógrafo; como si presagiara que aquella era la última oportunidad que le permitía la fatalidad para encontrar el secreto de amor atravesado por los rayos X.

Palomino había aprendido de los mayores que solamente un amor, aquel interpretado con los preludios asesores de la razón, era el amor verdadero. Los demás eran falsos.

Para los Altagracia la fantasía era la peor intérprete de la sinfonía del amor. A pesar de eso Palomino, con excepcional clarividencia, siempre supuso que oponerse a las embestidas pasionales de la fantasía amorosa con el capote de la razón era como poner a pelear una guayaba madura con un turpial. Y lo confirmó al percatarse que a pesar de sus ecuménicas victorias en contra del amor, estaba a punto de perder la batalla de su independencia afectiva por culpa del infortunio que cruzó a Margarita Del Villar en su camino.

La vio por primera vez en los pasillos del hospital. Por segunda vez, casi un año después, en la sala de urgencia cuando ella fue a solicitarle amor. Nunca se vieron por tercera vez, pero él la siguió viendo en sueños embriagado por la imagen mágica de la nostalgia.

Desde que la conoció se enamoró. No era extraño encontrarlo mirando las acacias florecidas al amanecer, cantando romances en el comedor, repitiendo poemas de Neruda o planeando con meticulosidad militar el abordaje de amor más grande de su vida.

El día de su desventura irreparable, Margarita se presentó vestida de inocencia, urgida de amor y con el deseo disfrazado de ternura. Palomino supo interpretar con acierto la extraña sutileza de su visita como una súplica de amor, y antes de llegar la noche habían sucumbido a las bondades del amor premeditado.

Tres meses más tarde, liberado de la influencia pasional, logró comprender que la pericia exhibida por Margarita aquella tarde de éxtasis no era producto de la inspiración sino de la experiencia. Comenzó entonces su frustración amorosa. Fue un golpe no reglamentario del destino a su exuberante e inestimable tradición pasional. La mujer que había logrado franquear la barrera de su machismo, la que logró despojarlo de su virginidad espiritual y ante quien se hicieron insuficientes los argumentos de su virilidad, no era la anhelada dispensa de virtudes que le habían enseñado a querer desde mucho antes de entender el amor.

No sirvieron de mucho los paradigmas de su tradición familiar, ni los consejos ancestrales, pudo más su tendencia pseudo priapística que el estatus que ostentaba. Fue tan fuerte y devastadora aquella explosión pasional que no le dio tiempo a la razón para asomarse. Era tarde, el último de los Altagracia se había enamorado y compartido su intimidad, por un instante sublime, con la persona equivocada.

Varios meses después fui testigo de la irreverencia del destino con los Altagracia. Había sido un día somnoliento, contagiado por la soledad y el sopor caribeño de un medio día de invierno atrasado, víspera de un atardecer inoportuno. Una fuerza incontrolable nos mantenía sin remedio sobre cualquier cosa que sirviera para dormir.

Desde la calle de la Soledad el bullicio de la fiesta Novembrina del día de independencia, irrumpía con

cadencias nostálgicas los impredecibles episodios de llanto de Margarita.

La noche llegó silenciosa, agotada antes de comenzar por la turbulencia del día. Eran las tres de la madrugada cuando se escuchó un disparo que pocas horas más tarde comenzó a matar a palomino de angustia sumergiéndolo en una tormenta de dudas y pánicos acechantes, como sólo podía hacerlo la certeza de la muerte ineludible.

Al recibir la noticia se desintegró el muro de su arrogancia natural, en ese instante se percató de su vulnerabilidad humana.

- Morirse no es tan grave – pensó - Lo jodido es saber que te vas a morir, cuando acabas de darte cuenta que estabas vivo -

Comenzó a morirse cuando supo que iba a morir sin remedio, refugiándose en la angustia más asfixiante que pudo concebir en su vida; Margarita decidió ausentarse de la vida para evadir la tormentosa convivencia con un extraño virus altamente contagioso, que al haber invadido su cuerpo, la condenaba irremediabilmente a la orfandad amorosa y al desasosiego de sentirse castigada por haber ejercido su feminidad al margen de la influencia clerical.

Varios años más tarde, después de muchos sufrimientos, y tras una infructuosa búsqueda de remedios para los males del cuerpo, Palomino, fatigado por la inclemencia de su desventura decidió conciliar con la vida y rendirse a sus designios.

En aquellos días daba la estremecedora impresión de ser el más hermoso de los cadáveres, cuya única diferencia con los muertos era que estaba vivo.

Algún visitante desprevenido pudo confundirse con la placidez de su reposo creyendo que se le había concedido la gracia pontifical de visitar un santo en plena contemplación laica minutos antes de morir.

En medio de su naturaleza marchita, sólo el vehículo de su desventura, el artífice de sus emociones contradictorias, permaneció incólume hasta el final, sin perder un solo gramo, ni un solo centímetro de su lozanía, siempre en actitud desafiante, exhibiendo majestuosidad como en otros tiempos. Aún después de su muerte pareció seguir altivo, erguido como el último estandarte de una estirpe extinguida.

***“La ciencia es la pequeña parte
De nuestra ignorancia
Que tenemos clasificada
Y ordenada”***

ANUNCIACIÓN

Para los padres de Anunciación, viajar a los Estados Unidos de América sin preparación adecuada, más que el desorden en sus vidas, significó la certeza de irse con todo lo que tenían sin dejar a dónde regresar. Vendieron todas sus propiedades, incluyendo aquellas heredadas que no hubo necesidad de utilizar en las tres últimas generaciones, cuya exacta localización nunca conocieron. Viajaron con parte de su fortuna en dos maletas de cuero duro de taburete y el resto adherido al cuerpo con tiras de cinta pegante, con la intención de establecerse en un barrio elegante de Nueva York cercano al hospital general pues consideraron que los viajes frecuentes desde “*Paso Nuevo*”, su pueblo natal, hasta la capital del mundo serían muy traumáticos para la delicada salud de la niña que daba muestras evidentes de su proximidad con la muerte.

La niña de ocho años comenzó a enfermarse dos semanas antes de su cumpleaños. Los primeros síntomas se atribuyeron a una enfermedad poco importante que no requirió más que la rutina del intelecto y el apoyo estadístico para su diagnóstico:

- Le están saliendo los dientes -

Fue la conclusión inmediata del médico para explicar la inflamación y el fino sangrado de sus encías cada vez que intentaba cepillarse los dientes.

El día de su cumpleaños Anunciación despertó, después de una noche de sueños tormentosos, envuelta en sábanas blancas teñidas con su sangre, plácida y pálida, sin gestos de dolor y sin una sola herida en su cuerpo por donde hubiese podido escapar tanta sangre. La excepcional coincidencia de la sangre mezclada con orina, la placidez de su reposo, la fecha exacta de su cumpleaños, la ausencia de dolor y la falta de heridas fueron evidencia suficiente para que su tía Tránsito del Calvario concluyera que se trataba de un maleficio.

- ¿Qué otra cosa podría hacerle daño a una niña tan hermosa? - Esto no es de médicos - dijo. Y se apresuró a envolverla en sábanas secas, recogió una parte de la orina tibia con sangre y atravesó el caserío con la niña cargada en busca de la única persona que según ella podría ayudarla, de quien dijera varios años antes, después de presenciarle la curación milagrosa de una crisis asmática con vapores inhalados:

- Conocía por inspiración lo que la ciencia ignoraba por terca -

Era un anciano analfabeta cuyas canas y el aroma de las pócimas que preparaba, le daban una credibilidad imperturbable y un dominio mágico sobre el sufrimiento del cuerpo y del espíritu. Su poder sobre las fuerzas del mal, apoyado por una suerte envidiable y una prudencia

paranoide, había conjurado pestes y otras calamidades que por su oportuna intervención nunca llegaron, desde mucho antes de que Tránsito anduviera por este mundo. Observó detenidamente el frasco de orina a contraluz en la ventana y escudriñó en la mirada tierna de la niña plácida.

- Dios la ampare y la favorezca – exclamó - El mal es grande y es por una deuda ajena -

Tránsito lo escuchaba con reverencia, procurando respirar sin hacer ruido.

- El problema es de su sangre – continuó - Está débil y descompuesta, por eso se le sale del cuerpo -

- ¿Y el remedio? - preguntó Tránsito.

- Ya no es de este mundo - sentenció el anciano, al tiempo que le aplicaba cataplasmas de orégano con Ácido Bórico, justificando sus honorarios antes remitirla al centro de salud de San Bernardo del Viento. Durante el procedimiento, Tránsito, vencida por el cansancio, tuvo un sueño revelador: vio a Anunciación flotando sin perturbaciones, boca arriba, en las aguas del mar Caribe, con un velo blanco de varios kilómetros de largo prendiendo a sus cabellos. El sueño concluyó cuando el mar se tiñó con la sangre de Anunciación, reflejándose en los arboles del atardecer. De inmediato tuvo la sensación que le advertía de un viaje largo, de muchos kilómetros, hacia un lugar desconocido, en busca de sangre nueva para Anunciación.

Dos semanas más tarde, después de muchas transfusiones, llegó el informe del médico que había examinado una muestra de la sangre de Anunciación enviada desde el centro de salud para su estudio en un laboratorio de la capital. Informaron lo esperado: una forma de leucemia juvenil de pronóstico ominoso en la que el mejor tratamiento no pasaba de ser una buena intención de la ciencia.

Después de ilustrar a los padres sobre la gravedad del caso, hablé con Tránsito sobre el tratamiento de la niña explicándole en los términos más adecuados que la única posibilidad de vida para Anunciación era colocarle una nueva fábrica de sangre dentro de sus huesos, es decir, hacerle un trasplante de médula ósea que, en atención a la trascendencia de su propósito, debía realizarse en cualquier país de idioma diferente al nuestro pues, según Tránsito, la ciencia nunca había hablado ni hablaría en español por muchos años. Un lugar que seguramente, por el sacrificio y el esfuerzo hechos para devolverle la salud a Anunciación, sería decorosamente señalado como una elección sabia.

En el primer viaje partieron Tránsito del Calvario, la niña y su madre, quien nunca había ido a ninguna parte a la que no pudiera llegar el mismo día viajando por tierra. Quien a pesar de su completa ignorancia geográfica y cultural supo comportarse con la dignidad de quien lo ha hecho muchas veces, desatendiendo con donaire los descabellados consejos de Tránsito quien por haber vivido quince días de incógnito en un pueblo fronterizo de Venezuela y haber viajado dos veces en panga a traer contrabando de una isla panameña, se consideraba

suficientemente entrenada por la vida para desenvolverse exitosamente en cualquier parte del mundo.

Viajaron con catorce baúles de guayacán pulido llenos de ropa para diferentes ocasiones y una selección de los alimentos preferidos por la niña, que según comentarios de la gente no se conseguían en ninguna otra parte del mundo.

Llevaron dos escaparates grandes con espejos de media luna llenos de utensilios de cocina y condimentos, tres hamacas y la colección completa de una familia de muñecas idénticas que reían, lloraban, meaban, caminaban, dormían, hacían deporte y decían, con voz de cotorra educada, cada una de ellas, una frase distinta é inmodificable. Llevaron también en siete cajas de cartón, cada una del tamaño de cinco “catabres”, los regalos de su último cumpleaños aún sin usar y una colección de recuerdos familiares de las cuatro últimas generaciones. Por último, en una libreta de mano de trescientas cincuenta páginas, la lista de direcciones y teléfonos de familiares y amigos que nunca antes habían llamado ni visitado, pero que supuso estarían dispuestos a compartir con ejemplar fraternidad su transcendental situación familiar.

La mitad de su equipaje innecesario la dejaron en Montería, gracias a la oportuna intervención de unos parientes que lograron persuadirlas de su inconveniencia explicándoles que en los hoteles de Nueva York las habitaciones estaban equipadas con espejos en los baños y algunas hasta en el techo y las paredes, y guardarropas amplios, así como cocinas con todo lo necesario para

preparar las más exóticas comidas del mundo. La otra mitad, a pesar de las argumentaciones de Tránsito, se quedó en la oficina de aduana del aeropuerto en Nueva York por carecer de licencia sanitaria para transportar alimentos. Almacenadas en una bodega exclusiva, rotuladas en español que habían enviado de la oficina federal para el control de drogas y alimentos después de haber examinado exhaustivamente en su laboratorio dos pedazos de yuca y ñame con una botella de suero, que decía:

“Raíces varias y un derivado lácteo con alto grado de fermentación no aptos para consumo humano”.

Se instalaron en un motel de la vía en suburbios de new york por sugerencia del taxista que prefirió abandonarlos a su suerte antes de seguir maltratando su carro con el peso de los siete baúles de guayacán que tuvo que acomodar en el asiento trasero con las puertas abiertas y amarradas con cabuyas.

Permanecieron en el motel siete días con sus noches, viendo televisión sin descanso y soportando el frío de la más espantosa nevada de Nueva York en los últimos diez años, alimentándose de media arroba de queso con bocadillo de guayaba que en un baúl de doble fondo había eludido a las autoridades aeroportuarias, hasta que fueron rescatados en la puerta del hospital, al salir su primera cita con el hematólogo, por un cubano exiliado que trabajaba para una fundación religiosa encargada de albergar inmigrantes desorientados que se hospitalizaban para tratamientos prolongados.

La etapa más delicada del tratamiento comenzó a la semana siguiente; para sembrarle nueva médula en sus huesos había que destruir toda la médula dañada.

Al destruir la médula dañada, y mientras comenzaba a funcionar la nueva, la niña quedaría sin defensas en su organismo y a merced de cualquier infección oportunista. Por ese motivo se dispuso su alojamiento en una habitación aislada, previamente esterilizada y de ventanales sellados, por los que sólo entraba la tenue luz del atardecer. Con una sola cama para la paciente, sin acompañante y sin sillas para visitas, donde sólo se permitía la entrada del médico y la enfermera, vestidos como astronautas de los pies a la cabeza, con ropas desechables que desempacaban antes de entrar y dejaban al salir en una canasta que la aseadora recogía todos los días a las cinco y treinta minutos de la tarde. También usaban guantes y gorros para el cabello con mascarillas de tela que cubrían la nariz y la boca. No se permitía la entrada de alimentos que no fueran suministrados por el hospital, tampoco se permitían flores ni libros usados.

Tránsito y María Dolores Pasión, la madre de Anunciación, debieron conformarse con visitarla desde afuera, del otro lado de la ventana, sin tocarla, mirándola a través del cristal cuando la cortina estuviera recogida.

En la soledad de su terapéutica prisión, Anunciación gastaba la mayoría de sus horas de vigilia sumergida en el recuerdo inagotable del mar de "*Paso Nuevo*", cuyas olas oía repicar del otro lado de la ventana. Aunque tenía

en su habitación televisión con sistema de video no los usaba porque no entendía lo que decía.

El doctor De La Vega, a pesar de su ascendencia latina, la visitaba por las mañanas despertándola con un español mal pronunciado y entrecortado que se agotaba ante cualquier pregunta de Anunciación. Después de treinta días de cautiverio, Anunciación lo saludó en un inglés casi perfecto:

- Good morning doctor, how are you? -

Que había aprendido de los isleños que desembarcaban contrabando en las costas de “Paso Nuevo”. Desde entonces el doctor De La Vega, víctima de un rebote de ternura se despojó de su academicismo de universitario ciudadano para entregarse a los encantos y caprichos de Anunciación. Dio su consentimiento para que la madre le trajera alimentos preparados de su casa, que debían ser revisados por la nutricionista del hospital, quien de tanto degustar los exóticos platos caribeños preparados por Tránsito y María dolores, acabó sin remordimientos en una semana con una dieta naturista para adelgazar llevada con devoción durante siete años seguidos. Permitió la visita de un familiar durante quince minutos una vez al día, tan meticulosamente forrado que sólo podía identificarse por la voz y los ojos, despenalizó los libros prohibidos y no se opuso a que la niña escuchara cuentos de toda índole hasta quedar dormida todas las noches, con la condición que no se violaran las normas de aislamiento impuestas para garantizar su salud.

La tía Tránsito y la madre recordaron que el mayor deleite de Anunciación, antes de enfermar, era acostarse en una hamaca a la orilla del mar a escuchar historias de marinos. Así aprovecharon la magnitud del acontecimiento que representaba la enfermedad para permitir las visitas de su verdadero padre; un marino apasionado y soñador, narrador de historias fantásticas que Anunciación nunca conoció porque su madre evitaba el tema para no avergonzarse otra vez de su pasado en las cabañas de las “Bocas de Tinajones”. El único, según su recuerdo, capaz de hacer soñar a Anunciación con las noches de la playa a través de la ventana cerrada.

Desde ese día, en medio de las confusiones producidas por la fiebre y los dolores inoportunos, la niña esperaba con ansiedad la llegada puntual, a las seis y treinta de la tarde, del cuentista desconocido que desde el otro lado de la ventana, con sus historias mágicas, la alejaba del dolor hasta dejarla dormida soñando con el mar de *Paso Nuevo*. El doctor De La Vega consideró un apoyo Terapéutico indispensable hablarle a la niña con ternura varias horas al día para disminuir el tamaño de su soledad y para favorecer el crecimiento medular.

Muchas noches y muchos cuentos después, en medio de una historia inconclusa de animales encantados, Anunciación quedó dormida inmersa en un letargo infinito, con la pesadilla de sentirse perseguida por una sangre que no le pertenecía, salir de su cuerpo para mirarse dormida y plácida sobre la cama flotando en las aguas del mar Caribe y envuelta en sábanas blancas mojadas con sus fluidos.

La noche siguiente el cuentista de la ventana fue a llorar con sus historias a la orilla del mar.

*“Con desconsuelo profundo
El ojo vivo y redondo
Clavó luego en lo más hondo.
¡Vio tanto cieno en el fondo!
Si huía el azul del cielo
Si hervía el fango en el suelo
¿Cómo aplacar su tristeza?”*

*Ah, ¡fue tanta su aflicción!
Que en su desesperación...*

EL VIAJE FELIZ DE FEDERICO

El viento fuerte sobre la cara le obligó a cerrar los ojos. La molestia de las partículas de polvo le provocó dos lágrimas fugaces que no alcanzaron a rodar por sus mejillas. La ráfaga de aire se las llevó hasta detrás de las orejas. Cuando pudo abrir los ojos no quiso preocuparse por fijar la vista en las imágenes que pasaban raudas a su lado en sentido contrario.

Federico había resuelto no despedirse para evitar indecisiones que estropearan su partida, pero ahora, aunque no estaba totalmente arrepentido, una sensación de remordimiento acompañaba la opresión que crecía en su pecho y lo obligaba a respirar con dificultad. Intentó tragar en seco pero el aire le llenó la boca sin darse

cuenta antes que pudiera voltear la cara para evadirlo. Quince segundos antes sólo habría podido imaginar a la muerte como un estado incierto que esperaba en el extremo de un destino ineludible. Pero ahora sabía que estaba muerto sin discusión, lo supo por un instante inmenso que le bastó para recordar con detalles que había olvidado el jabón en el piso del baño y había incumplido una cita para esa noche, dejando plantado un argumento descomunal que quizá lo habría hecho desistir de su propósito.

Esa mañana, a la hora del baño, había coincidido en la ducha con uno de sus compañeros de infortunio. De él, sólo se sabía que tenía varias enfermedades incurables que los médicos no habían podido demostrar. Había llegado la noche anterior envuelto en una toalla inmensa que lo cubría completo, acompañado por dos guardias oficiales y asaltado por una tos perruna que no los dejó dormir en toda la noche. Después de observarlo por un instante con aparente indiferencia, consideró que su infortunio era cuestionable.

- La naturaleza es justa – pensó - No hace concesiones que no pueda cobrar después -

Con algo de temor y mucho respeto se deslizó de espaldas a la pared hasta ocupar su cubículo de baño al lado del recién llegado, sin dejar de estar atento a cualquier movimiento sospechoso que amenazara el poco honor que le quedaba indemne después de haber sido sometido a once exámenes prostáticos desde su ingreso al hospital.

El recién llegado lo miró con curiosidad evidente pero sin revelar sus intenciones. Acto seguido, de un movimiento perfecto y delicadamente ejecutado, sacudió la cabeza con el mentón levantado y la mirada desviada en un gesto de menosprecio y desatención al fenotipo genital de Federico, para quien aquello sólo significó haber descubierto en su vecino una indiscutible contradicción entre el venerable tamaño de su naturaleza y los gestos observados, comparando ahora sin frustraciones, la no despreciable diferencia de sus fortunas.

- La naturaleza no se inmortalizó conmigo – pensó - Pero me dio lo justo para no morirme sin testimonios -

- Qué desperdicio – pensó - y se dispuso al baño con la tranquilidad recuperada.

El silencio se prolongaba interrumpido a ratos por el chorro de la regadera, hasta que Federico, creyendo ser oportuno, lo interrumpió en busca de una amistad que le permitiera compartir su dolencia.

- Todos tenemos derecho a acobardarnos una vez en la vida - dijo.

No hubo respuesta, sólo el chorro de agua que seguía golpeando el piso.

- Y más ante un armamento pesado - insistió.

De nuevo se quedó esperando respuesta. Penso en lo feliz que habría sido si la naturaleza le hubiera prodigado

las bondades que sin duda había desperdiciado en su compañero de pieza.

El silencio se prolongó unos segundos más hasta que Federico decidió intentar el diálogo de otra forma; dejó caer con propósito el jabón al piso y, sin agacharse, se inclinó lentamente a recogerlo de espaldas a su vecino quien no tardó en apropiarse de la invitación, pero con la prudencia comandando el abordaje.

- ¿Cómo te llamas? - preguntó.

- Federico. Así me dicen -

- ¿Y qué te trajo por acá? -

- Tengo SIDA – contestó - Pero leve - agregó con la esperanza de disipar temores sobre su invitación.

- Me dicen mañoso y estoy detenido por violación reincidente, cada quién es lo que puede con lo que tiene – contestó – y continuó diciendo - Me trasladaron hace un mes de Venezuela. También tengo SIDA, aunque lo mío parece ser grave. Anoche le entendí a los doctores que según un estudio hecho en los Estados Unidos, yo debía morirme este año -

- Eso es algo - dijo Federico - Yo me voy a morir hoy, después del desayuno claro está, como a las ocho y media -

Su colega de infortunio pareció no hacerle caso y continuó durante más de tres minutos enjabonando con ternura sus bienaventuranzas. Al terminar se lo secó con sacudidas.

- Está listo – dijo y se acercó a Federico que lo miraba asustado - Recoge el jabón, ya habrá tiempo - y se retiró distraído.

Desde la puerta del baño agregó:

- Si decides no morirte hoy, hablaremos en la noche. Tal vez me dé por invitado -

Ahora no le molestaba el aire sobre la cara. Un vacío intenso le perforaba el estómago haciéndole sentir que parte de él se había quedado atrás. Caía demasiado rápido para darse cuenta por dónde iba. Lo único que sabía con absoluta certeza era que nada podría interponerse en su camino. Antes de llegar prefirió cerrar los ojos por última vez para quedarse un último segundo consigo mismo.

Sin saber que Federico se alejaba sin retorno, su compañero de cuarto lo esperaba confiado en verlo regresar con el jabón en la mano. Lo vio desayunar con apetito, pero sin prisa, un plato de caldo frío, un pedazo de pan seco y una porción de gelatina. Luego lo vio dirigirse al baño del otro lado del pasillo, hacia el mismo cubículo donde habían estado conversando dos horas antes. Contrario a su costumbre, Federico dejó el cepillo de dientes cargado con pasta sobre la mesa de noche. Cada vez que iba al baño llevaba su cepillo de dientes, aunque fuera a hacer otra cosa. Mañoso lo entendió como

un olvido sin trascendencia, pensando que había regresado a la ducha a buscar el jabón olvidado en el piso, hasta que cayó en la cuenta de que eran las ocho y treinta de la mañana y Federico se había marchado sin despedirse, tal como lo había anunciado, después del desayuno.

Recogió el cepillo de dientes y la toalla para proteger la dignidad de su bien intencionada persecución y corrió hacia el baño, detrás de Federico. Lo alcanzó a ver sonriente, parado en el marco de la ventana del cuarto de baño, con los brazos extendidos y los ojos cerrados por el viento fuerte sobre la cara. Intentó detenerlo con un grito estéril que acompañó a Federico hasta su destino.

Desde los balcones del décimo piso, fragmentado sobre la acera, el color intenso de su camisa otoñal se confundía con la sangre que corría por la avenida, colina abajo, para mezclarse con el agua turbia que arrastraba los desechos del hospital.

*“El descubrimiento consiste
En ver lo que todos han visto,
Y pensar lo que nadie ha pensado”*

LA INUNDACIÓN

Uno de los valles más fértiles del mundo es sin duda el del río Sinú. En sus tierras crece una variedad inagotable de flora y fauna que lo hacen único e irrepetible. A pesar de los saqueos a que lo han sometido en el último siglo, se mantiene aún como una despensa de vida, con un equilibrio ecológico que pocas regiones del mundo podrían exhibir. En contraste con la belleza del paisaje, el ímpetu de las aguas desbordadas en tiempos de lluvia destruye cultivos, inhabilita las tierras y ahoga a cientos de animales de cría. Todo esto por fortuna recuperable.

Lo irrecuperable está en la miseria y la enfermedad que deja la inundación en las poblaciones indígenas y campesinas que sobreviven en las márgenes del río Sinú.

En el año de mil novecientos ochenta y ocho, cuando cursaba las prácticas médicas de internado en el hospital regional San Diego de Cereté, contemplé de cerca los

estragos de una de las crecientes más irreverentes del Sinú en los últimos veinticinco años.

Produjo especial impresión en mi memoria la imagen lánguida de José Ignacio, un anciano caquéctico de movimientos desobedientes, con intenciones contrariadas por la torpeza de la senectud, a quien encontramos con agua a las rodillas tratando de rescatar un gallo de cuello desplumado de lo alto de un *Mata-ratón*. Para llegar a él debimos navegar al azar buscando sobrevivientes aislados con su tragedia en medio del bíblico desierto acuático del Sinú desbordado. Varios días después, desde su cama de enfermo en el hospital, nos contó detalles atesorados de esta y sus anteriores inundaciones.

La primera brigada de salud fue dirigida por el doctor Crescencio Bonilla, director encargado del hospital e internista de la escuela de la vida, quien a pesar de los vómitos y el vértigo se mantuvo al frente de la expedición, en la punta de la canoa, observando con asombro las matas de sorgo que rozaban con las espigas el fondo de la canoa. Navegábamos varios kilómetros diariamente sobre los cultivos ahogados hasta la parte alta de la sabana. En el viaje de ida un médico y una enfermera desembarcaban en cada caserío que encontrábamos al paso, dispuestos a conjurar las desventuras de la creciente con un fonendoscopio y una altanera ilusión de omnipotencia ante la fuerza de la naturaleza distraída. Por la tarde nos recogían para regresar al hospital con el fonendoscopio inmaculado y la esperanza moribunda.

El quinto caserío en visitar después de varias noches de lluvia torrencial que siguieron al *sueste* de Santa Ana fue *La Estaca del Burro*, una isla de estación con cinco familias a bordo, en medio de una laguna de algodones ahogados. José Ignacio y otros veinte, agrupados en cinco ranchos de palma y bahareque a medio construir, cubiertos con cartones y recortes de periódico formaban el caserío perteneciente a la vereda *Rabo largo* del municipio de Cereté, donde, según la tradición, una hermosa virgen hizo su última aparición documentada sobre un burro mohíno dejando el testimonio de dos infantes asustados y, como prueba irrefutable para la posteridad, la estaca en la que el burro permaneció amarrado hasta morir en beneficio de la fe y por una distraída ocurrencia sacerdotal, esperando el retorno de su ilustre jinete.

El día anterior a la creciente, José Ignacio cerró temprano su ventorrillo, antes que oscureciera, seguro que llovería antes de la media noche como lo sugerían las proféticas dolencias de su artritis descompensada. Se mantuvo ocupado luchando con los dolores, alborotados por el frío, hasta las cinco de la mañana cuando lo sorprendió el canto del gallo. El olor de la tierra mojada lo rescató de la somnolencia evocándole recuerdos de la infancia, apartando su atención por un instante del gallo. Al segundo llamado del animal abrió la puerta del patio y observó con asombro que de todas las cosas que habían dormido afuera de la casa, sólo quedaba el gallo refugiado en lo alto de un *Mata-ratón*. Para ese día y los siguientes José Ignacio consideró glorificada su casa, y por primera vez en la vida tocó una de las bienaventuranzas que por mucho tiempo imaginó

inmateriales. De las veinticinco vacas que pasaron flotando por el patio, dos quedaron atrapadas en las balsas de la cerca. Se sintió servido por la fortuna y en deuda con el destino por permitirle comer, durante cuarenta días seguidos, carne fresca de vaca recién ahogada. Tres horas antes había visto con desconsuelo, pero con la fe intacta, cuatro perros de abdomen distendido a casi reventar, más de una docena de gallinas, tres cerdas con sus crías aún vivas prendidas de los pezones, dos asnos que le parecieron conocidos y una figura humana que no pudo identificar. Pero lo que le dio la certeza de que aquella sería una inundación irrepetible fue la visión inequívoca de un inmenso sábalo ahogado flotando a contracorriente. El orgullo de estar viviendo su doceava inundación le hizo negarse a recibir ayuda.

Treinta y seis días después, cuando el agua le había descendido del ombligo a los tobillos, consideró salvado el honor y se presentó moribundo en la sala de urgencias del hospital de Cereté. Deshidratado y desnutrido, vivo por pura ignorancia de la muerte, con una diarrea inmisericorde de un mes de evolución y una bolsa plástica llena de lombrices enrolladas que alcanzó a recoger de su última defecación.

El día de su llegada, los helmintos le salían por docenas, en estampida, por cualquier orificio de su cuerpo, como queriendo salir de una casa que está a punto de derrumbarse. Alcanzamos a contar setecientas alrededor de la camilla antes de irnos a almorzar, sin incluir las de la bolsa. Al regresar eran tantas en el piso que caminábamos sobre ellas para llegar a José Ignacio.

Olía a animal muerto, más precisamente a algo que sólo él conocía; a vómito de gallinazo. Por lo que me contó una semana después concluí que era el mismo olor de los animales ahogados cuya carne había compartido con los gallinazos mientras estuvo aislado por el agua.

Para asombro de la ciencia, la reciedumbre de su estirpe campesina, apoyada por algunos antibióticos y antiparasitarios, fue suficiente para librarse de más de un millar de gusanos que le circulaban por dentro con una libertad de sindicato que cualquier ministro envidiaría.

Cuando pudo caminar apoyado en las paredes, salía al balcón a recibir el sol de la mañana y a mirar con nostalgia la sabana humedecida por el rocío. Pasaba todo el día mirando el paisaje inagotable, comparando con tristeza las diferencias de los atardeceres actuales con aquellos que recordaba de su infancia, hasta llegar a la conclusión que indudablemente eran iguales pero sin entender por qué le parecían diferentes.

Una tarde me contó lo que el agua se había llevado. Lo resumió diciendo que sólo quedaban él y el gallo al cual no veía hacía más de un mes. Sintió que esta inundación también le ahogó los sueños. Intentó recuperarlos evocando imágenes de juventud, buscando en el recuerdo de amigos arrebatados por la creciente sin despedidas, un motivo para seguir contando desventuras. Continuó asomándose cauteloso en el indescifrable sentido del infortunio sintiendo, por primera vez en ochenta y nueve años, el vacío insoportable de la soledad. Una mañana, esclarecido por la cercanía de su ocaso, encontró la causa de las diferencias de los atardeceres:

- No son las cosas, doctor. Es uno el que cambia - dijo.

Ese mismo día, desde la azotea del hospital, tomó la decisión de incumplir la cita con la siguiente inundación.

***“Para algunos
Profundizar en el conocimiento
Es saber cada día más de menos.
Ojalá no lleguen un día
A saberlo todo de nada”***

LA ENVIDIABLE ACERTIVIDAD DE AMELIA

Cuatro días después de haber terminado la rotación de internado en el Hospital de Lórica, sofocado por el calor de la fiebre continua y con la piel abierta ardiendo por el sudor que corría sobre las vesículas reventadas, rodeado por el olor de algo que se moría, recordé con exactitud y miedo la profética advertencia de Amelia Dolores el día de mi partida.

Recordé detalles desatendidos de la cotidianidad que, al amparo de su última revelación, se hicieron irreverencias inaceptables para la ciencia que conocí. La cual, por su certeza metódica, con arrogante ignorancia, me atreví a llevar a la provincia.

Amelia Dolores tenía la costumbre de asomarse frecuentemente por la ventana de la portezuela de urgencias para mirar al sur hacia la calle del cementerio. Otras veces salía a la puerta grande del hospital y miraba

hacia el norte por la avenida de las funerarias, entraba corriendo y preparaba un equipo de pequeña cirugía, acondicionaba la sala de legrados, avisaba a sala de partos o llamaba a medicina interna para preguntar por camas disponibles. Uno o dos minutos más tarde alguien golpeaba la portezuela de urgencia trayendo un herido leve, una abortante complicada, una parturienta quejumbrosa o una anciana de corazón gigante con más de tres litros de agua en los pulmones. Siempre acertaba el diagnóstico. Nunca pude entender completamente cómo lo hacía. Su método, con una sensibilidad y especificidad cercanas al noventa y nueve por ciento, era producto de una mezcla indescifrable de intuición, experiencia y malicia indígena.

Una tarde húmeda de mediados de invierno conversaba con Amelia Dolores en la puerta grande del hospital de Lorica, censando con indiferencia las calamidades dejadas por el *sueste* de Santa Ana, cuando vimos, dos cuadras arriba, hacía el norte, una muchedumbre que se acercaba presurosa cargando en hombros una mecedora soportada por dos maderos atravesados en las balanzas. Parecía ser una celebración religiosa en honor de algún santo milagroso. Sobre la mecedora, acomodada en dos cojines de fique acolchonados con plumas de gallina, una anciana de respiraciones profundas y difíciles trataba de sobrevivir a la lucha con los años indiferente a la algarabía de los penitentes que la cargaban.

- Es una insuficiencia cardíaca - dijo Amelia - confiada en su diagnóstico.

No pude evitar preguntarle cómo lo supo.

- Porque no son indios – respondió - Vienen de la loma -

Y entró corriendo a preparar una ampolla de diurético.

Aunque su respuesta me confundió más que su diagnóstico no insistí en preguntarle hasta después de examinada la paciente; una anciana con insuficiencia cardíaca descompensada. Mi desconcierto se mantuvo intacto en los tres meses de rotación en el hospital de Lorica, y debo reconocer que después de dos semanas de inequívocos enfoques diagnósticos comencé a hacerme admirador y cómplice de su prodigiosa acertividad.

Amelia Dolores nunca mostró interés en buscar reconocimiento a su virtud. Pero cierto día, sin proponérselo, nos condujo a los médicos del servicio de medicina interna, incluyendo dos especialistas en clínica, a pensar que a la medicina interna moderna le podría faltar un capítulo sobre *malicia indígena* y aceptar con humildad la evaluación de las artes diagnósticas de la cultura popular. Ese día su virtud obtuvo reconocimiento táctico y tuvimos, por un instante, la certeza de que su gracia no era producto de una coincidencia feliz.

En la ronda matutina por el servicio médico de hospitalizados nos detuvimos a elaborar especulaciones diagnósticas alrededor de un paciente complicado. Después de dos horas de disertaciones amparadas por la ciencia y la razón nuestra esclarecida intervención avanzó notablemente aportando un concepto trascendental al tratamiento del paciente:

- Está gravemente enfermo – concluimos - Con pronóstico reservado -

Amelia Dolores que estuvo atenta al desarrollo de nuestra conversación se acercó preocupada.

- ¿Qué decidieron que tiene? - preguntó.

- No sabemos Amelia, estamos en eso. Hay que seguir estudiando el caso - le respondí.

- Doctor - dijo con bien intencionada ternura - Si al final resuelven que no tiene nada, no olvide que lo trajeron en hamaca -

Lo que según Amelia era muestra inequívoca de una fiebre palúdica que, según explicó después, por habersele subido a la cabeza lo mantenía dormido e indiferente a los esfuerzos de la ciencia. Olvidando aquel comentario, la intervención médica eligió el camino ortodoxo transitando por etapas diagnósticas cuyo orden racional y sistemático, producto del análisis estadístico, condujo después de siete días al diagnóstico post mortem, pero con el honor y la dignidad intacta entre dos laminillas tras la lente de un microscopio: *Compromiso cerebral por falcíparum*.

Desde entonces, en un esfuerzo impreciso y quizás imprudente por ayudar a la ciencia, decidimos incluir en el interrogatorio médico, aunque la dignidad académica impedía anotarlo en la historia clínica, los datos sobre el transporte usado por el paciente para llegar al hospital. Sin embargo, aquel acercamiento semiológico no era tan

sencillo como lo suponía la ignorancia de la razón. En los tres meses que estuve en Lorica logré armar en forma inconclusa algunos fragmentos de su teoría diagnóstica: si el paciente era mujer y lo conducían al hospital en hombros sobre una mecedora, muy probablemente padecía una insuficiencia cardíaca descompensada. Si la traían en una hamaca colgada de un madero, procedente de la zona indígena de Chimá, Tuchín o Momil, seguramente era un aborto séptico provocado o una ecláptica en estatus convulsivo, si se trataba de un hombre podría ser víctima del paludismo. Aprendí que los vientos y las primeras lluvias de Mayo precipitaban asma y neumonías irreverentes, las culebras venenosas mordían sólo en noches de luna nueva, los lactantes de paternidad incierta emergían de la clandestinidad en la madrugada en canastas de mercado, la natalidad se multiplicaba nueve meses después de las fiestas patronales de la provincia y las consultas domiciliarias de reserva casi militar se incrementaban después de la visita de algún personaje famoso a la región.

Amelia Dolores me enseñó también a identificar a primera vista el embarazo a término fajado y los recién nacidos deformes producto de esa práctica medieval propiciada por la cultura del temor sagrado, que aún permanecía como una herencia dominante legada por los ancestros ilustres de la región.

Al despedirnos, el último día de mi trabajo en Lorica, el deseo de mostrar con diplomacia el secreto de su ciencia se hizo evidente:

- No crea todo lo que le dije – comentó - Además, en otra parte no funciona igual -

- No te preocupes - le dije - Aunque quisiera no podría creerlo -

- Doctor - me dijo sonriendo con picardía - Los baños de Mata Ratón con hojas de naranja ayudan a secar la varicela, no lo olvide -

- Así lo haré – respondí - Aunque no lo crea -

- Hay que creer doctor, ya es tiempo de que empiece -

- ¿A creer? -

- Y a bañarse con Mata Ratón -

*“Si te sientas
En el fondo de un pozo
A contemplar el cielo,
Lo encontrarás estrecho”*

LA HUELLA DEL FANTASMA

Regados sobre la mesa de mármol del altar mayor, ordenados por su tamaño, los huesos de la tinaja dejaban de parecer una colección de pepitas para collares y se asemejaban al esqueleto de una lagartija grande sin cola. Cubiertos aún por polvos de la colonia siguieron ocultando su noble origen hasta que fueron vendidos, trece años más tarde, como artesanía con apariencia de esqueleto humano en miniatura.

En una placa de mármol blanco, incrustada en el muro norte de la capilla, sobre el altar mayor, escrita para la historia como testimonio perenne de la presencia de Dios en el recinto, permanecía intacta entre los nidos de pájaros, salpicada de excremento, la orden consagratória de la iglesia del convento de Santa Clara en Cartagena de indias, leída por el obispo en el acto de consagración en presencia de la abadesa del monasterio y dos

representantes de la autoridad civil, acompañados por media docena de novicias recién llegadas de distintos lugares de la diócesis:

“En el año de la encarnación de nuestro señor Jesucristo de MDCCCXLVI segundo del pontificado de nuestro santísimo padre pío IX, el día VI de febrero, el Ylustrísimo i reverendísimo señor obispo diocesano doctor Juan Fernández de Sotomayor i picón, consagro esta yglesia en honor i título de la esclarecida Virgen Santa Clara de Asís, fundadora de esta orden, siendo abadesa del monasterio de la mui reverenda madre María Candelaria de Santa Teresa, capellán el señor doctor Juan Hermenegildo de León i sindico el señor Andrés Fortich”.

Desde entonces, el immaculado salón prestó sin interrupción, fiel a su propósito, el servicio a la causa divina para la que fue concebido. Inicialmente como templo de oración, al tiempo que servía de sepultura distinguida para obispos ilustres, religiosas muertas en servicio y benefactores dadivosos, más tarde como hospital general y de guerra, luego como depósito de cadáveres y claustro universitario y por último, después de haber sido vendido a los mercaderes del placer, como bar y restaurante de un hotel de cinco estrellas.

Conocí lo que quedaba de la iglesia muchos años antes de su última transformación al servicio del turismo reclutado y los amores clandestinos. Su contenido, intacto desde hacía más de un siglo, había sido fielmente guardado por el olvido.

Entramos por el techo, a través de un agujero angosto de paredes húmedas con olor a baño público por el que cabía una persona delgada en espiración forzada. Dentro, lo que antes parecía una estrecha tumba de religiosas sin fortuna, era un amplio salón de diseño renacentista de paredes gruesas llenas de tumbas con lápidas de mármol que anunciaban el camino glorioso de varios nombres ilustres, algunas con discursos que sentenciaban a sus difuntos a la insoportable monotonía de la paz eterna.

Hacia el extremo norte del salón había una mesa de mármol gris con aspecto de altar mayor, que seguramente se usó, entre otros, para los oficios religiosos. Sobre ella, en la pared norte, la placa de mármol cincelada con el texto de la ordenanza consagratória de la capilla.

La primera incursión al antiguo salón se planeó en una noche de estudio en el anfiteatro de la facultad. Aburridos hasta el tope por las interminables y epistolares descripciones de TESTUT-LATARGET, alguien propuso un breve reposo:

- Para dejar descansar a los muertos -

A lo cual nadie se opuso. Era la una de la madrugada de un viernes del mes de mayo, dos compañeros y yo nos separamos del grupo buscando un sitio donde devolverle, con pudor y benevolencia, la tranquilidad a nuestra naturaleza.

Por comentarios huérfanos teníamos conocimiento de los gritos de espanto que después de media noche salían de

algún lugar desconocido del convento, atribuidos a las almas cuyos compromisos adquiridos en esta vida no habían sido condonados.

Sin haber terminado de orinar, la tierra húmeda y reblandecida por el charco cedió ante nuestros pies hundiéndose en una oscuridad profunda e interminable. Los chorros siguieron oyéndose por unos segundos, como lluvia de alares que vierten en un aljibe, hasta ahogarse en el retumbo de un eco fugaz. El techo de la capilla claudicó en ese instante debilitado por el efecto acumulado de más de dos décadas de ácido úrico depositado tradicionalmente en el mismo sitio por todas las generaciones de médicos que habían pasado por el convento en los últimos cincuenta años. Quedó un hueco estrecho y vertical por el que cabía una persona delgada sin respirar. El olor a la letrina del amoníaco galénico y la falta de luz nos obligaron a salir con la curiosidad intacta y el propósito no declinable de regresar. Pero, ni el olor a excremento de murciélago, ni las amenazas sobrenaturales de un embrujo que condenaba inmediatamente a la impotencia eterna a quienes profanaran el recinto, fueron argumentos suficientes para evitar que a la semana siguiente entráramos de nuevo. Armados esta vez con los elementos que por siempre la fe y la tradición han exhibido como los más eficaces en la lucha contra lo desconocido, incluyendo al demonio y sus colaboradores; un crucifijo metálico, una botella de agua bendita, un sirio encendido y una palma del último “Domingo de Ramos” que rescatamos del fondo del guardarropa, y para no descuidar detalles, y como apoyo alternativo a la erudición eclesial, una estaca de madera.

Armas que, por supuesto, fueron empleadas en tareas distintas a las concebidas.

Encontramos a un lado del altar de mármol dos tinajas de barro rojo de fabricación indígena, una de ellas adornada con una argolla de madera de la que colgaba una placa circular en cuyo centro se distinguía en alto relieve, fraguada en oro cimarrón, la imagen de una mujer con hábito pariendo ante un sacerdote indígena. La otra, ocupada por una familia de cucarachas gigantes, estaba cubierta de raíces aéreas que colgaban del techo de la iglesia, y por su aspecto, no parecía contener algo de valor.

En la primera tinaja, envueltos en un pedazo de tela gruesa, junto a un crucifijo metálico y una camándula de perlas blancas, encontramos doscientos diminutos fragmentos de hueso por cuya semejanza entre ellos pudimos organizar en parejas.

Los ordenamos por tamaño sobre la mesa de mármol tratando de encontrarle parecido con algo conocido. La cabeza era redondeada, las extremidades y la pelvis largas.

- Parece un esqueleto de mico - dijo.

Hubo un silencio de picardía repentina mientras la coincidencia de una idea irreverente nos hacía cruzar las miradas para dispersar la culpa de nuestra imaginación.

- Es mejor que no sea eso - pensé.

- No cabe duda - dijo nuevamente el compañero - Si fuera otra cosa no estaría aquí -

Eso justamente terminaba de agravar la situación, porque era el sitio menos indicado para encontrar el esqueleto de la única criatura en este mundo, que después de muerta, podía confundirse con un mico sin cola a primera vista.

A pesar de lo evidente, obedientes a nuestra formación, ninguno se arriesgó a la vergüenza de un diagnóstico equivocado. Hubo una pausa tímida hasta que el más valiente, protegido por la ignorancia, sentenció con acierto de verdugo:

- Al final de cuentas, ¿venimos del mono, o no? -

Distraídamente con su revelación nos colocó sin remordimientos en el camino que nuestra prudencia se resistía a transitar.

Teníamos en nuestras manos los huesos conservados de quien seguramente no pudo eludir el noble propósito de la fe de salvar el alma de su progenitora.

Limpiamos el altar y guardamos en la tinaja, envueltos en el pedazo de tela burda, el crucifijo metálico y la camándula de perlas blancas. Los pequeños huesos, empacados sin ceremonia en un guante de látex, fueron sepultados debajo del altar mayor.

Más de un siglo después, a los trece años de su cristiana sepultura, sobre las tuberías de la alcantarilla que pasaba debajo del altar, permanecía completa la huella del

fantasma protegida de dioses y demonios en una sepultura plástica improvisada.

Los obreros que reformaban el edificio para convertirlo en hotel, especialmente los encargados de transformar la capilla en bar, después de vender los esqueletos de adultos a estudiantes temerarios, las lápidas de mármol, las perlas y crucifijos de carey y demás tesoros de las tumbas saqueadas, destapaban por la noche botellas de vino para satisfacer los caprichos de un fantasma que, sin recato ni vergüenza, festejaba con los albañiles en un zafarrancho sin reglamentos, la venta de las fortunas desenterradas durante el día de trabajo.

Por esos días se pregonaba como cierto el rumor de un fantasma de mujer que exhibía una obsesiva preferencia por el sabor dulce del vino de consagrar y que todas las noches, llorando a un hijo perdido, flotaba sobre las mesas del bar y el altar mayor rompiendo cristales en busca de redención para su pena, vestida de blanco con el cabello oculto por una toca blanca de tela gruesa.